

REVISTA ESPIRITISTA
ORGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
AFILIADA Á LA «UNIÓN ESPIRITISTA KARDECIANA ESPAÑOLA»

AÑO XXXII | Alicante 25 Junio 1903 | NÚMERO 6.

SECCIÓN DOCTRINAL

El que abandona, tiene que ser abandonado

I

HACE tiempo, mucho tiempo, que pasé una noche por la calle de Pelayo (en Barcelona) y me llamó vivamente la atención un pequeño bulto que vi en el umbral de una gran puerta que estaba cerrada, me incliné para ver lo que era, y vi á un niño que contaría de cinco á seis años sentadito en el escalón con la cabeza apoyada en el rinconcito que formaba el muro y la puerta. Dormía profundamente, tenía la cabeza descubierta, con el cabello cortado al rape, sus manos las escondía en los sobacos, y sus pies los cubría la blusa que envolvía su cuerpecito. Su carita demacrada revelaba el sufrimiento. ¡Pobre niño! no me cansaba de mirarle ¡tan solo! ¡tan abandonado! La noche era lluviosa, no me atreví á despertarle, quizá soñaba y ¡era felíz! me separé de él con pena, y al llegar á mi casa se aumentó mi tristeza por que hice comparación con dos hermosos niños que habitaban en el piso principal, cuya madre solícita los acostaba en su camita blanca besándolos con la mayor ternura.

¿Por qué para unos tanto y para otros tan poco?

¿Por qué estos niños no carecen de lo supérfluo, y á aquel inocente le falta lo más necesario?

¡Ah! si no tuviéramos un mañana y un ayer, si nuestra historia no estuviera dividida en muchos capítulos, ¡qué injusto aparecería Dios ante la humanidad!... Todas las miserias son horribles, todas las privaciones son dolorosas, todas las soledades son tristísimas, pero la soledad y el abandono de los niños, parece la mayor injusticia social. El jóven puede haber sido un asesino, el anciano puede haber cometido muchos crímenes, pero un niño no ha tenido tiempo de ser criminal; escasean afortunadamente los criminales precoces, por eso parece tan injusto el sufrimiento de un pequeñuelo.

La figura de aquel niño abandonado se quedó tan grabada en mi mente, que han transcurrido los años y parece que aun le vea. ¡Pobrecito!

II

«Ya no lo soy, (me dice un espíritu), el exceso del sufrimiento cortó el hilo de mi existencia pocos días después de haberme tú contemplado en mi dormitorio, ya que todas las noches me quedaba dormido en aquel sitio, que justo era que yo eligiera aquel lugar donde había cometido innumerables desaciertos.»

«¡Cuán lejos está el hombre de creer que no quedan impunes ninguna de sus malas acciones! ¡con qué indiferencia se cometen los hechos más abominables! Cómo se deshonra á infelices mujeres y se les aconseja y hasta se les obliga á que arrojen lejos de sí el fruto de sus amores!.....»

«Yo fuí en varias existencias lo que llamais un D. Juan Tenorio, rico, audáz, galanteador de oficio, no encontraba á mis antojos valla, y huyendo siempre de todo compromiso, hacía desaparecer á los inocentes séres que venían á la tierra por mi mediación: ya podían ser hermosos, ya podían sus madres interceder por ellos, yo me valía de mi poder y de mi astucia, y la inclusa recibía en su seno á aquellos infelices frutos de mi libertinaje y de sus desenfrenados apetitos.»

«¡Y yo encontraba tan natural mi proceder! no sentía el menor remordimiento, los niños no me atraían, quería vivir sin trabas, sin obligaciones ni deberes, pero todo tiene su límite, y el vicio lo tiene también; llegué á encontrarme en el espacio rodeado de mis inocentes víctimas, y sentí espanto al contemplar mi obra. ¡Qué pequeño me ví! ¡qué criminal!... más criminal que los foragidos, que los salteadores de caminos, que los asesinos sin corazón, por que estos al herir se exponen á ser heridos, pero el que hace daño á un niño á sangre fría, sabe muy bien que su víctima no le devolverá el golpe. Mas no queda ningún delito sin castigo, y mis crímenes los voy pagando uno á uno, ¡y aun me quedan muchos que pagar! aún tengo que volver á la tierra solo y abandonado como me vistes aquella noche. Tus miradas fueron las únicas que se fijaron en mi con tierna compasión; una pordiosera me tenía á su lado todo el día para que le sirviera de lazarillo, porque era medio ciega, y por la noche me dejaba libre, porque en su tugurio se albergaba un hombre que siempre estaba beodo, y si me encontraba allí me golpeaba brutalmente; y yo huia de mi verdugo y me dirigía á mi alber-

gue, donde tú me viste, y era aquel mi lugar favorito, porque en aquella misma casa habia yo habitado en mi anterior existencia y allí había cometido muchos atropellos y de allí había lanzado á más de una mujer próxima á dar á luz y á otras les había dado líquidos especiales para evitar el alumbramiento.»

«Y allí donde cometí tantos delitos, allí iba á dormir hambriento y jadeante, y nadie turbaba mi sueño, ningún agente de la autoridad se fijó en mí, y allí me quedé muerto una noche de invierno, y al amanecer me recogieron unos transeuntes que me depositaron en el hospital diciendo ¡Pobrecillo! ¡el frío lo mató! Tenían razón, el frio del cuerpo y el frio del alma; pero yo no merecía otra muerte, ¡había sido tan cruel con los niños!.... Tus miradas compasivas me han atraído; el recuerdo que en tu mente me has guardado, ha sido el único rayo de sol que me ha acercado á la tierra, su dulce calor ha templado el frio glacial que me rodea.»

«¡Qué bueno es compadecer! se beneficia el que compadece y abre un cielo ante el sér compadecido, porque el criminal ¡se ve tan despreciado! ¡tan aborrecido! y el desprecio y el odio exasperan, aumentan la ferocidad del culpable; hay que pagar, es cierto, los delitos cometidos; pero no dejeis abandonados á los réprobos, compadecedles y prestadles vuestro apoyo, para ser vosotros mañana compadecidos y protegidos; porque ¡quién sabe lo que aún tenéis que pagar!.... ó los desaciertos que podéis cometer. ¡Es tan fácil caer!.... tiene el vicio tantas atracciones! se encadenan, se eslabonan de tal manera los incentivos para precipitarse por la pendiente de los goces ilícitos!... el oro, los atractivos físicos, las energías juveniles, la jactancia de fáciles victorias, todo conspira para inducir al hombre á su perdición, y luego.... luego viene el *rechinar de dientes* y el *crugir de huesos*, ó sea, esas existencias dolorosísimas en las cuales en ningún hogar se cabe, se sobra en todas partes, y no se encuentra ¡ni una sonrisa al nacer, ni una lágrima al morir!»

«¡Ay! ¡y con qué tristeza vuelve el espíritu al espacio! ¡sin un recuerdo de amor! ¡sin escuchar el eco de un suspiro!... sin dejar una tumba para sus restos porque éstos son arrojados á la fosa común, donde nadie coloca una cruz ni deja un ramo de flores. Yo, por esta vez, he sido más afortunado, yo he vivido y vivo en tu memoria, quizá nos une *algo* que tú no comprendes ahora ni yo tampoco; tal vez nos hemos conocido y juntos hemos pecado; ¡quién sabe!.... tu compasivo recuerdo me ha hecho un bien inmenso, mi odio á los terrenales se ha amortiguado y las llamas del odio ¡cuánto cuesta extinguir el incendio que producen! Por culpable que uno se reconozca, se cree con algún derecho si no para ser amado, al menos, para ser compadecido. ¡Tú me has compadecido! ¡cuánto te lo agradezco!... Adiós.»

III

Mucho me ha conmovido el relato de ese pobre espíritu cuyo infortunio tan-

to me interesó. Tiene razón; aquel que más padece reclama con más derecho nuestras atenciones cariñosas. Jesús no vino á curar á los *sanos* vino para dar la salud á los *enfermos*. Los buenos, en su misma bondad tienen todas las riquezas apetecibles; los malos, en su propia degradación tienen todas las privaciones y las miserias de este mundo. Demos pan á los *hambrientos* no á los *hartos*, que Dios sabe mañana si también tendremos *hambre* de amor y de piedad.

Amalia Domingo Soler.

El Tiempo

OH Tiempo! ¡Cuán grande eres! Eterno como Dios, lo llenas todo; eres el testigo más fiel de la creación y evolución de cuanto existe.

En tí están registradas todas las penas de la Humanidad: sus ascensiones, sus caídas; tronos y grandezas que asombro fueron, desvanecidos en tí se hallan. El orgullo abatido y la humildad ensalzada; el mal triunfante y el bien obscurecido, para volver á brillar nuevamente y triunfar de su rival.

Todo en tí ha existido, existe y existirá, y nada ha habido, hay ni habrá fuera de tí.

Si Dios es mi creador, tú eres el vehículo sin el cual me fuera imposible llegar á la meta de mi progreso. A Dios le debo adoración; á tí, por Él, agradecimiento profundo.

Dentro de tí he prevaricado muchas veces; sufrí, lloré, defendí la maldad y el crimen; fuí corifeo del error y la mentira y flagelé al que osó contradecirme; pero tú, benévolo y compasivo, corriste un velo á mi funesto pasado, para que su visión permanente no perturbara mi razón y me impidiera continuar mi progreso.

Cuando lloro mis desaciertos de ayer ó me lamento de mi atraso, enjugas piadoso mis lágrimas, revelándome que es propio todo de la flaqueza humana, y ofreciéndome una eterna sucesión de momentos para reparar mis daños y alcanzar el progreso y pureza que Dios se propusiera al concedernos la existencia.

En tí los Universos, con cuanto contienen, se forman, crecen y mueren, para volver á nacer y eternamente evolucionar hacia su destino: En tí, pues, he evolucionado. ¡Gracias! ¡Bendito seas!

A tí debo el progreso que tengo alcanzado. Ha sido á costa de esfuerzo colosal, regado con un mar de lágrimas y ríos de sangre; punzantes espinas han herido muchas veces mis pies, impidiéndome dar un paso; la ingratitud y la calumnia, sembradas anteriormente por mí, han emponzoñado no pocas veces mi

existencia; la miseria, fruto de mis derroches, ha llamado amenazadora á mi puerta, haciendo presa de mí despiadadamente. Mas tú me has consolado, has calmado mi dolor y demostraste mi inocencia, cuando inocente he sido; cubriste mi desnudez, saciaste el hambre que á veces me ha devorado, y me muestras permanentemente el írio de la esperanza en el horizonte de mi porvenir.

Tú, para lo futuro, me ofreces un paraíso y una dicha eterna, que he de alcanzar perfeccionándome. Esto es darme dos veces la vida: una, acogiéndome en la cuna en el primer momento en que nací á la existencia, y otra, al dejarme entrever la dicha venidera y garantizarme su consecución.

¡Bendito seas, Tiempo, una y mil veces!

Si eres el archivo de los hechos vandálicos de la Humanidad, eres también la esponja que los borra, el mejor consolador en las aflicciones, la solución de todos los conflictos y la esperanza de los sedientos de justicia y de amor que por tí saben que en tí hallarán la realización de todas sus aspiraciones más elevadas.

¡Oh Tiempo! En el folio donde registras mi historia, escribe este acto de profundo agradecimiento que te dedico y ratifico la promesa que en capítulos anteriores tengo hecha, de vivir consagrado á la obra del progreso y de la fraternidad humana.

Angel Aguarod.

SECCIÓN DE CRÍTICA RELIGIOSA

LAS NOCHES ALICANTINAS

XVIII

(Continuación)

Gabriel.—Un rasgo característico de estos fenómenos, es dejar huellas materiales que atestiguen en todo tiempo su realidad. Santa Leocadia dejó un pedazo del velo, la virgen deja una reliquia que si hemos de creer al año Cristiano se conserva aún. Hé aquí sus palabras: «Llegó la víspera de la festividad de Expectación, que por decreto del concilio Toledano X se mandó celebrar en España en el dia 18 de Diciembre: pasó el santo Prelado á la media noche, acompañado de su familia y algunos de su clero y pueblo, á cantar los Maitines de aquella solemnidad; y advirtiéndose al tiempo de entrar en la Iglesia un inmenso resplandor, cuya excesiva luz no podían resistir los ojos corporales de la comitiva, huyeron asustados dejando solo al Santo: entró Ildefonso lleno de confianza en el Señor al templo, y puesto de rodillas ante el altar donde acostumbraba á orar, vió sentada en su cátedra á la Santísima Virgen entre una multitud innumerable de espíritus ce-

lestiales: atónito con la novedad y turbado con la reverencia que le causó la soberana presencia de la Reina de los Angeles, luchaba consigo mismo sin atreverse á mirar ni explicarse. Pero viendo la Señora la congoja en que se hallaba su siervo, le alentó con su benignidad diciéndole: «No temas, Ildefonso, porque aunque soy Madre de Dios, no me desdeño en descender de los cielos para honrarte, para consagrar tu iglesia y eternizar en todo el mundo tu memoria: sabe que porque defendiste con tanto brio y celo mi virginal pureza contra los blasfemos enemigos que procuraron negarme esta singular gracia, y por el amor y afecto que me profesas, quiero honrarte con este don del cielo y darte por mi mano esta vestidura gloriosa de la que usarás en mis festividades»; y poniéndole una casulla sobre los hombros, desapareció al momento quedando el templo lleno de inexplicable fragancia. Entraron los clérigos después de algún tiempo en la iglesia deseosos de saber lo acaecido, y hallaron al Santo anegado en lágrimas de gozo, tan distraido con la dulzura que le ocasionó el prodigio, que no acertaba á explicarles el suceso; y refiriéndoles, después de reposado, lo ocurrido en aquella extraordinaria fineza, pasmados y asombrados todos, le veneraron en lo sucesivo como á privado de la Reina de los Angeles.—Por haber sido tan particular el beneficio dicho, dispuso la santa iglesia de Toledo celebrar su memoria anualmente en el dia siguiente á la festividad de San Ildefonso en reconocimiento de un favor tan singular concedido á su Prelado: persuadida, á mayor abundamiento, que después que la santísima Virgen consagró aquel templo con su real presencia, quedó por casa suya para que en ella la invocasen los fieles con particular afecto, recompensando con innumerables beneficios de protección, que tiene acreditados la experiencia.—La referida casulla se conservó en la santa iglesia de Toledo con el aprecio y veneración correspondiente hasta la irrupción de los árabes, en la que temerosos los fieles de que cayese en sus manos tesoro tan precioso, la retiraron á la ciudad de Oviedo, donde permanece en la Cámara santa, inclusa en una arca de plata, con grande custodia y respeto, sin atreverse á abrirla los prelados de aquella iglesia por los castigos que el Señor ha hecho cuando lo han ejecutado no siendo justísimo el motivo, manifestando por ellos la profunda veneración que se debe á los dones del cielo.»

Abdesllan.—Hé ahí un fenómeno en que la participación del medium no puede ser menor.

Matias.—Admitiendo que el templo estuviese desierto, circunstancia que ninguno comprobó de antemano.

Paco.—Las lumbreras del catolicismo romano, si en ese punto jamás se mostraron exigentes, menos todavía hánlo sido en el lenguaje de los seres que se comunican. El de la Reina de los Angeles—como apellidan á Maria la hebrea—mas bien parece lenguaje de abadesa de cualquier monasterio regalando á su capellán casulla bordada por las monjas, que lenguaje de, nada menos, que la madre de Dios!

Matias.—Esto me recuerda la frase que el año cristiano pone en boca de Jesús dirigiéndose á Saulo: «En varo tiras coces contra el aguijón». Esas pa-

labras no pueden ser del Cristo aunque lo diga quien lo diga. Todo lo demás de la narración es hermosísimo.

Saulo, que después tomó el nombre de Pablo, era de nación judía, de la tribu de Benjamín y había nacido en Tarso, metrópoli de Cilicia. Profesaba su padre la secta de los Fariseos; esto es, de aquellos judíos que hacían profesión de ser los más exactos observadores de la ley, y de seguir el camino moral más rígido y más severo. Por su nacimiento era ciudadano romano, por ser éste uno de los privilegios de la ciudad de Tarso, que era *municipio* de Roma (título más noble que el de *colonia*) en atención á que en las guerras civiles se había siempre declarado por Julio César, y después por Augusto, hasta tomar el nombre de Juliópolis. Pasó los primeros años de su puericia en Tarso, donde estudió las ciencias griegas, que se enseñaban en aquella ciudad de la misma manera que en Alejandría y en Atenas. Como tenía Saulo ingenio conocido, y naturalmeute era inclinado al estudio, le enviaron sus padres á Jerusalén, donde aprendió en la escuela de Gamaliel, célebre doctor de la ley, y fué instruído por él con la mayor exactitud en todo lo que pertenecía á la religión, costumbres y ceremonias de los judíos. Aprovechóse bien de sus estudios; los que le inflamaron tanto en el celo de la observancia de la ley, que en poco tiempo se mostró no sólo de costumbres irreprensibles, sino uno de los más ardientes y más obstinados defensores de la secta farisáica. Dicho se estaba que un celo tan encendido por las ceremonias de sus padres no podía menos de hacerle enemigo inconciliable de la religión cristiana; y así se declaró luego por tal. Tiénese por cierto que fué uno de los judíos de Cilicia que se levantaron contra San Estéban, y que disputaron con él. A lo menos es indubitable que fué de los que con más ardor clamaron por su muerte, y que no teniendo bastantes fuerzas para apedrearle por sus pocos años, quiso tener el gusto de guardar las capas de los que lo hacían, para apedrearle, como dice San Agustín, por las manos de todos.

(Se continuará)

SECCIÓN FILOSÓFICA

La Causa absoluta.—Unidad substancial divina

Todos los pueblos en sus distintas creencias, han reconocido siempre un más allá mejor, algo superior á ellos que podía influir en sus destinos, al cual debían la vida, y del que podían temer males cuando no obedecían sus mandatos. De aquí el temor á los fenómenos naturales que cortaban el hilo de nuestra existencia: el rio desbordado, el terremoto, el volcán, el viento huracanado, el mar tempestuoso, eran objeto de adoración.

por el pavor que les infundía. Como contraste, el campo con sus bellas praderas, el sol con su ardiente resplandor y la luna con su plácida luz, los árboles y animales que les producían beneficios, eran objeto de adoración en forma de agradecimiento: de aquí los dos dioses del bien y del mal en correspondencia con los fenómenos ó seres que les producían bienes ó males.

Era natural que, endiosando á los fenómenos y á las cosas naturales, se endiosara también á las personas: y los reyes y emperadores, considerados desde luego como superiores á los demás mortales. eran representación de la misma Divinidad, como encarnaciones de la entidad que traspasaba la esfera común de los humanos. Poco á poco, á medida que la cultura fué aumentando el concepto ya naturalista, ya antropomórfico, de la Divinidad fué depurado también.

Los hombres rudos y groseros habían de imaginar un Dios, dotado de las mismas pasiones y de la misma ferocidad; pero cuando la razón poco á poco se va sobreponiendo á los sentidos y comprende las cosas en su verdadera naturaleza, no tal como aparecen á primera vista, el concepto acerca de Dios se va elevando; como se ha ido elevando el concepto del mundo, del hombre y del deber, del mismo modo que los sentimientos se han ido depurando y ennobleciendo, quitándoles mucho de lo particular, egoista y mezquino que en ellos habia.

De lo dicho se infiere que, puesto que la idea de Dios se ha ido engrandeciendo cada vez más, los principios que nuestra razón acepta han de irse también aclarando y perfeccionando, sin que nunca tengan un caracter absoluto, pues siempre la criatura distará un infinito de la Divinidad.

Por de pronto, la idea de un Dios cruel y vengativo, nos parece hoy día absurda y contraria á la idea de Dios que debe ser el prototipo de la bondad y de la misericordia.

Aristóteles, por el movimiento de todas las cosas, llegaba á la existencia de un motor inmóvil, según lo cual Dios sería el primer motor inmóvil del Universo. Otros pensadores, reconociendo al mundo como efecto, han considerado á aquel como Causa primera de cuanto es, y descartando panteismos espiritualistas y materialistas que confunden el mundo con el Sér de Dios, otros filósofos han admitido una especie de dualidad entre el mundo y su autor.

Pero estos conceptos son muy parciales é insuficientes para darnos acertada idea del Sér Supremo. La existencia de Dios como motor no explica los atributos del Sér Supremo y la manera como obra en el Universo; del mismo modo la existencia de Dios como causa tan sólo, no explica tampoco hasta qué punto el efecto tiene las propiedades de la causa de quien se deriva y cuáles son estas propiedades. Por último, el dualismo no explica ni puede explicar la manera cómo Dios se comunica é influye en el mundo.

Tampoco es posible admitir que la Creación sea un acto de fuerza ó una necesidad del Creador. El Creador no crea por fuerza, el Creador crea por amor, y en virtud de un rasgo de amor la Creación existe, y en virtud de una fuerza infinita de amor la Creación es, la Creación sigue y la Creación

será, porque el milagro de la Creación se repite todos los días. Dios en este sentido, no ha dejado de crear.

En cuanto á la Providencia, Dios no es Providencia porque *algunas veces* interviene en el mundo, principalmente en las grandes ocasiones, cuando las naciones están en peligro, y lo verifica con intermitencia, cuando cree que lo necesitan, haciendo grandes prodigios, como son el castigar con crueles enfermedades á los que prevaricaron, viéndose de este modo el castigo de Dios en los azotes y calamidades humanas.

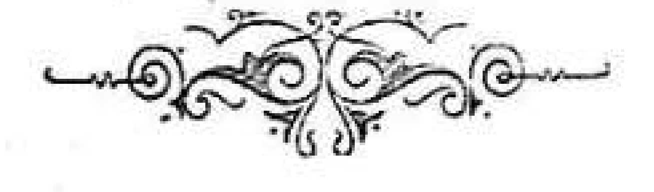
Dios es eternamente Providencia, porque eternamente crea ó produce y eternamente hace que las cosas se modifiquen y transformen para ir cumpliendo sus destinos. Por consiguiente, no es posible que esta providencia se agote jamás, que tanto seria como agotarse ese raudal infinito de amor divino que nos atrae hacia esferas superiores, que nos anima y nos fortalece y que hace que nuestros actos tengan solo trascendencia para el bien.

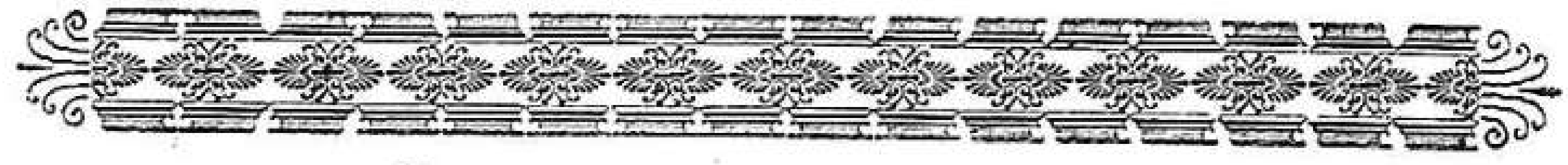
Dios es uno, el mundo es uno y el espíritu también es uno; pero Dios es uno por sí, el mundo es uno porque de Dios procede, y Dios en sus obras se manifiesta de conformidad con su única naturaleza. El mundo es uno porque es solo: dos mundos serian procedentes de dos distintos dioses; y el espíritu es uno porque es individual é individualizado subsiste.

Dios es único, pues le es imposible al hombre concebir dos Principios, dos Séres, dos manifestaciones infinitas y absolutas: Dios es, pues, un solo Dios. Dios se manifiesta además en unidad perfecta; es decir, que en sus actos, en sus manifestaciones todas, obra siempre de conformidad con su única naturaleza, sin que al hombre, que en lo finito vive, le sea posible elevarse al completo concepto de la divina naturaleza. Unicamente el sér inteligente irá conociendo de Dios cuanto de sí mismo conozca y este conocimiento aún agrandándose, como nunca en momento alguno de su vida podrá ser infinito, la naturaleza divina y su infinita, eterna y perfecta manifestación quedarán incógnitas siempre en toda su integridad al espíritu finito é imperfecto; y como este se manifiesta en sucesivos é indefinidos estados, mientras que Dios obra siempre en unidad y perfecta conformidad con su naturaleza esencial, hay gran dificultad por parte de la criatura para conocer en el tiempo lo que es eterno, en la sucesividad lo que es en simple manifestación y en la imperfección y finitud lo que no podemos menos de considerar como perfecto é infinitamente absoluto.

Dios estará siempre más allá del último más allá de la inteligencia de todo sér finito.

Dr. Manuel Sanz Benito.





Sección científica

EL HORLA

HISTORIA DE UNA OBSESIÓN

Es notorio el triste fin que tuvo el célebre novelista Guy de Maupassant, siendo víctima de una obsesión que dió con él en un manicomio.

Pero lo más notable es que él mismo escribió el proceso, día por día, de esta enfermedad fatal, bajo el título que encabezamos estas líneas que en francés quiere decir: *El más allá*. El relato concluye cuando la dominación fué completa; ya no pudo seguir ordenando sus ideas.

Guy de Maupasant no conocía el Espiritismo, que á haberlo conocido habría probablemente encontrado en él, un medio poderoso de sustraerse á esa terrible dominación, llevada á cabo gradualmente por un espíritu que, por lo visto, buscaba una venganza que pudo satisfacer por la iguorancia del sujeto de todo lo que le pasaba. Publicamos este trabajo porque es un estudio completo de la marcha que sigue la obsesión y por lo tanto puede servir de aviso á muchos que se encuentren en la misma ó parecida situación. La obsesión es uno de los grandes peligros del Espiritismo, aún cuando el espiritista que conoce bien la doctrina está en mejores condiciones para conjurarlo que cualquiera otro ignorante de ella.

Publicamos en este número parte del relato; en los sucesivos lo continuaremos.

....

8 de Mayo. —¡Qué día más hermoso! He pasado la mañana tendido sobre la fresca hierba, delante de mi casa, bajo el abrigo y á la sombra del enorme plátano que la cubre, casi por completo. Adoro este país donde vivo, porque en su suelo he echado raíces, esas raíces profundas y delicadas á un tiempo, que nos unen á la tierra donde han nacido y muerto nuestros antepasados; donde hemos aprendido las costumbres, la manera de hablar, los modismos de sus habitantes y donde nos es familiar desde los perfumes de sus campos, hasta el aire que respiramos.

Adoro esta casa donde he nacido. Desde mis ventanas veo el Sena, magestuoso y tranquilo, cubierto de embarcaciones desde Rouen al Havre y que aproximándose á mi casa, corre á lo largo de mi jardín, detrás del camino....

Allá abajo, á la izquierda, Rouen, la extensa ciudad cobijada por techos azules, escondida entre el laberinto de sus puntiagudas y góticas torres. Desde sus innumerables campanarios, esbeltos, delicados, dominados por la flecha metálica de la Catedral, llegan hasta mí las dulces vibraciones de sus mil lenguas de hierro, traídas en alas de la brisa, á través del espacio azul, en una de las tibias alboradas de primavera, y su canto de bronce, se extingue con un sonido doliente y débil ó resuena fuertemente según la distancia.

¡Hermoso amanecer!...

A eso de las once, un largo convoy de navíos, arrastrado por un remolcador más grande que una cáscara de nuez, resollando con trabajo y vomitando por su chimenea un humo espeso, desfila por enfrente de mi ventana. Después, tras de dos goletas inglesas, cuyo pabellón rojo se destaca flameando sobre el azul del cielo, pasa un soberbio bergantín brasileño, blanco, limpio, reluciente. No sé por qué, experimento un gran placer al contemplar este navío y desde mi ventena le envío un saludo cariñoso.

11 de Mayo.—Desde hace unos dias me siento febril, dolorido... triste...

¿De dónde vienen esas influencias misteriosas que cambian nuestra alegría en desaliento y nuestra confianza en angustia? Se diría que en el aire invisible flota el espíritu de desconocidas Potencias, de las que experimentamos una misteriosa proximidad. ¿Por qué á veces me despierto alegre, feliz, con grandes deseos de cantar? Por qué otras, de vuelta de un corto paseo por el río, entro desolado en mi casa, como si me esperase alguna desgracia? ¿Por qué de repente, un escalofrío, rozando mi piel, altera mis nervios y obscurece mi alma? ¿Por qué influye tal vez sobre mi pensamiento la forma de una nube, la luz variable del día, el color de los objetos que pasan ante mi vista, para turbarlo y entristecerlo? ¡Quién sabe! ¿Todo lo que nos rodea, lo que vemos sin necesidad de mirar, lo que nos roza sin conocerlo, lo que tocamos sin necesidad del tacto, lo que sentimos sin distinguirlo, tiene sobre nosotros, sobre nuestro organismo y por consiguiente sobre nuestras ideas y sobre nuestro corazón, estos efectos rápidos, sorprendentes é inexplicables? ¡Cuán profundo es este misterio de lo invisible! No podemos sondearlo con nuestros miserables sentidos, con nuestros ojos, que no saben en absoluto apercibir ni lo infinitamente grande ni lo inconmensurablemente pequeño; ni lo muy próximo, ni lo muy lejano; ni los habitantes de una estrella, ni los de una gota de agua.. Con nuestros oídos, que nos engañan, transformando las vibraciones del aire en ondas sonoras, como dos hadas que cambiasen milagrosamente en sonido el movimiento melecular, haciendo surgir de esta metamorfosis la música, entonando un cántico divino á las mudas alteraciones de la naturaleza... Con nuestro olfato más débil que el del perro... ¡Con nuestro gusto que apenas puede discernir sobre la edad de un vino!...

¡Ah, si tuviéramos otros órganos que realizaran en nuestro favor parecidos milagros, qué de cosas podríamos descubrir á nuestro alrededor!...

16 de Mayo.—¡Decididamente, estoy enfermo! ¡Yo que estaba tan bien hace un mes! Tengo fiebre, una fiebre atroz, ó mejor dicho, un enervamiento febril que me hace sufrir moral y materialmente. Tengo continuamente esta sen-

sación de miedo, el temor de un peligro imaginario, de una desgracia que me amenaza, de la muerte que se aproxima; este presentimiento que es sin duda el efecto de un mal desconocido todavía, que germina en la sangre y en la carne, en todo mi organismo.

18 de Mayo.—Acabo de consultar con mi médico, en vista de que no me era posible dormir. Me ha encontrado el pulso rápido, los ojos inflamados, los nervios vibrantes, pero sin ningún síntoma alarmante. Me ha recetado la hidroterapia y el bromuro de potasio.

25 de Mayo.—Nada ha cambiado. Mi estado es notablemente extraño. A medida que se aproxima la tarde, una inquietud incomprensible se apodera de mí, como si la noche ocultase una amenaza terrible. Ceno de prisa; después trato de leer, pero no comprendo ni una palabra, apenas si distingo las letras. Recorro mi salón de extremo á extremo bajo la opresión de un temor confuso é irresistible; el temor del sueño, el temor de la cama.

A eso de las diez, subo á mi habitación. Apenas entro, doy dos vueltas á la llave y corro los cerrojos; tengo miedo; ¿de qué?... No hay que temer aún; abro los armarios, miro debajo de la cama, escucho atentamente... ¿y qué? ¿No es extraño que un sencillo malestar, un desequilibrio de la circulación, quizás la irritación de un filamento nervioso, un poco de congestión, una pequeñísima perturbación en el funcionamiento tan imperfecto y delicado de la máquina humana, pueda convertir en melancólico al más alegre de los hombres y en cobarde á uno de los más valientes? Por fin, me acuesto y espero el sueño como si esperase al verdugo. Espero con espanto su llegada, late fuertemente mi corazón, mis piernas tiemblan, y todo mi cuerpo se estremece bajo las sábanas, hasta el momento en que caigo de repente en un sueño pesado, como cae el cuerpo del suicida en las profundidades desconocidas de un lago. No siento llegar el sueño como otras veces, que me acariciaba al acercarse; ahora me parece que este sueño pérfido, traidor, se oculta cerca de mí, me acecha para asirme por los cabellos, cerrarme los ojos y aniquilarme.

Después de dormir dos ó tres horas, empiezo á soñar. Con frecuencia, estos sueños degeneran en pesadillas que me sofocan. Me apercibo perfectamente de que me encuentro acostado, de que estoy durmiendo... lo siento, lo comprendo y comprendo también que alguien se me aproxima, me mira, me palpa, se sube á mi cama, se arrodilla sobre mi pecho y cogiéndome el cuello entre sus manos... aprieta .. aprieta con todas sus fuerzas para estrangularme. Yo me defiendo, sofocado por esa impotencia atroz que nos paraliza en los sueños; quiero gritar y no puedo; trato de moverme sin conseguirlo; pretendo con espantosos esfuerzos y jadeando de fatiga, volverme, rechazar este sér que me aplasta... que me ahoga... ¡imposible!

Y con frecuencia, me despierto cubierto de sudor, enloquecido. Enciendo una luz... Estoy solo, completamente solo. Después de esta crisis, que se renueva todas las noches, me duermo tranquilamente hasta el amanecer.

(Se continuará).

Sección medianìmica

La verdadera felicidad

Culpad á vuestra soberbia y egoismo, no culpeis jamás á la ignorancia. ¿Cómo habeis de vivir en la verdad si soy presa del atraso?

Si fuerais aptos para practicar la Ley del Supremo Hacedor, entonces os sería más asequible entrar en posesión de la verdad sacrosanta.

Sabido es que la ignorancia y la verdad son dos polos opuestos. Dentro de estos términos estamos colocados: para alejarnos de uno de ellos, debemos acercarnos al otro.

Por eso hace falta al espíritu tocar la consecuencia de sus acciones, porque de esta manera adquiere los suficientes conocimientos que le permiten aproximarse cada vez más á la verdad. Porque si no hubiese lucha ¿qué objeto tendría vuestra existencia planetaria, dónde estaría vuestra prueba?

Si al cruzar este valle de lágrimas solo encontrarais vergeles en donde os extasiariais contemplando las hermosuras de la Naturaleza ¿qué os sucederia? el estacionamiento de vuestro Espíritu. Por eso, lo que debeis de anhelar son contrariedades, que se haga añicos vuestro corazón. ¿Qué importa que se destrocen las fibras más sensibles de vuestro sér?

A cada paso encontraréis escollos de esta naturaleza, y si los sabéis vencer podréis entonces llamaros los escogidos.

Vuestro amigo.

(Grupo privado *Esperanza*. Médiun J. M.)

Sección literaria

ALLAN KARDEC

Evocaré tan memorable historia.
Yo negaba la gloria:
negaba el Purgatorio y el Infierno.
Mi indiferencia audaz solo creía
en la tumba sombría
y en la amargura del adios eterno.

¿Habeis visto morir á un sér amado?
Su mirar se ha velado:
ya palidece su semblante yerto:

ya se estremece por la vez postrera:
ya es su rostro de cera:
¡ya es mármol frío y rígido: ya ha muerto!

¡Ah! ¡Recordadle los amantes lazos!...
¡Sacudidle los brazos!...
No os ve, no os oye: ¡para siempre inerte!
Con su soplo la Muerte le ha dormido:
no hay poder, no hay ruido
en la inmensa Creación que le despierte.

Ahora mismo era vuestro todavía
y os amaba: tenía
quince, veinte, treinta años ahora mismo.
Y ¡oh sorpresa terrífica y traidora!
para siempre ya ahora
tiene la eternidad y es del abismo.

Ese oido tapiado para el mundo
¿qué escucha en lo profundo?
¿Son los coros celestes ó infernales?...
¿Qué ven esas inmóviles pupilas
que parecen tranquilas?
¿Son de Dios los tremendos tribunales?

¿Ven llegar serafines, ven tiranos,
réprobos... ó gusanos?
En el cuerpo impasible en su mortaja
¿no hay un algo invisible que palpita,
surge, flota, se agita,
se retuerce de horror sobre esa caja?

¿Dónde va ese ataud, sombría nave
del misterio? ¡Quién sabe!
Interroga Bossuet, pregunta Hamleto,
y aunque en sollozos de dolor estallan,
los cadáveres callan
y se van con su fúnebre secreto.

¡Oh secreto de espanto y amargura!
¡De rabia y de locura!
¡Esfinge de cien mil humanidades!
¿Cuándo hablarás al infeliz humano?
¿O pretendes ¡tirano!
torturarle hasta el fin de las Edades?

¡Sabios, genios, videntes de la tierra
que sabeis lo que encierra
en su altura sin fin el Infinito;
que contais, que medís, pesais las moles
de los mundos y soles
al pasar con su cántico ó su grito;

Los que sondáis el insondable arcano
del imperio lejano
donde el Creador del Universo habita

y seguís las cien mil evoluciones
de sus grandes Creaciones
hasta hundirse en la atmósfera infinita;

Contestad, responded, decid qué encierra
este palmo de tierra:
¡la sepultura á vuestros pies cavada!
Decid á dónde va su horror interno;
si al Eden ó al Infierno,
si á la paz ó á la lid! ¡No decís nada!

Hora es ya: lo permite el alto Cielo:
descorred ese velo:
quede el sepulcro para siempre franco,
y gritad á la Muerte enmascarada
con la diestra indignada:
—Dios te puso esa máscara: ¡la arranco!—

*
* *

¡Yo abrazaba á mi pobre muertecita!
Yo exclamaba:—¡Palpita!—
Yo lloraba sobre el cuerpo frío.
Yo lloraba, lloraba sin consuelo
empapando su velo
como empapa la tierra hirviente río!

Yo gritaba con ímpetu demente:
—¡Hija mía, detente;
no pronuncies la eterna despedida;
yo no quiero que partas, yo no quiero
que te mueras, ó muero
¡ó me arranco frenético la vida!—

—Deja que suba do la luz impera—
prorrumpió voz severa.
—Viene conmigo. Volverá. No llores.—
Levanté la mirada y ví delante
una nube flotante
y en su centro una faz de resplandores.

Era la faz de un venerable anciano.
¡Yo ví fúlgida mano
dirigirse á mi muerta: lancé un grito,
y el cadáver, poniéndose derecho
sobre el fúnebre lecho,
rompió en alas, voló, fué al infinito!

Y al hundirse en la atmósfera dorada
aquella alma adorada
siempre cogida á la radiante mano,
el venerable anciano en la alta esfera
repitió; «Espera, espera...»
¡Y era Kardec el venerable anciano!

Era Kardec.—Me preguntais qué opino
de ese genio divino:

¿Qué he de opinar? Opino que le adoro ..
Opino que te adoro y reverencio
¡oh Kardec!... que en silencio
ante tus plantas me prosterno y lloro.

Por tí sé que en el éter sumergida
vive mi dulce vida;
sé que por tí de suspirar concluyo,
y sé que el porvenir, justo y bendito,
llamará al Infinito
el mundo de Kardec: el mundo tuyo.

Mundo que es mar de luz, deslumbradoras
esferas voladoras,
torbellinos de soles y harmonias,
vértigos de creaciones y universos,
de habitantes diversos
desde el ángel al mónstruo y al Mesías!

Gloria, pues, á los genios redentores!...
¡A esos reveladores
de la luz que descorren todo velo!...
¡Gloria á Colón, descubridor de un mundo.
¡¡Y más gloria al profundo
Allan Kardec, descubridor del Cielo!!

SALVADOR SELLÉS.

CRÓNICA

ESPIRITISMO PRÁCTICO.—En nombre de «Un mártir del infortunio», damos las gracias más expresivas á todos los correligionarios que nos han enviado su óbolo para aliviar la aflictiva situación de tan desdichado hermano. Hé aquí la lista de la suscripción: El «Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos», Ptas. 3'60; D. Francisco Malaret, 2; D. Estéban Filliol, 2; D. Jaime Castelló, 2; Un redactor de LA REVELACION, 7; y LA REVELACION, 6. Total, 22'60 ptas.

¡Espiritistas, no olvidemos á un mártir del infortunio!

*** Por causas agenas á nuestra voluntad, recibirán nuestros lectores el presente número con algún retraso, dejando de incluir en él las 16 páginas de folletín. El haberse acumulado mucho trabajo en la imprenta, nos ha impedido poder corresponder á nuestros suscriptores cual deseamos; cuya deficiencia subsanaremos en el mes próximo.

*** Ponemos en conocimiento de nuestros queridos lectores, que las oficinas de LA REVELACION han sido trasladadas á la calle de San Fernando número 34, imprenta.

Rogamos á la prensa con la cual tenemos establecido el cambio, tome nota de nuestro nuevo domicilio.

Establecimiento Tipográfico de Moscat y Oñate